

medidas para una victoria segura. Desde la víspera, ocupaba con un cuerpo de la guardia y una fuerte artillería, el Landgrafenberg, posicion alta muy importante y que tuvo sobre la batalla de Jena el mismo influjo que el Sánton de Austerlitz sobre la batalla de los tres Emperadores. Todas las órdenes se despacharon y todos los mariscales estaban á su puesto. A las cuatro de la mañana pasó delante de algunos cuerpos, y les dijo: « Soldados, el ejército prusiano se halla cortado como el de Mack en Ulm hace un año; este ejército solo pelea para poder pasar y volver á ganar sus comunicaciones. El cuerpo que dejaria el paso abierto perderia su honra. No temais á esa célebre caballería; oponedla vuestros cuadros cerrados y las bayonetas. » Esta arenga entusiasmó á los soldados, que exclamaron unánimemente: *Adelante! adelante!* A las seis, el Emperador cuyo proyecto era atacar dos horas mas tarde, porque aguardaba á su caballería de línea y á los cuerpos de infantería quedados atras, dió la señal tan deseada. Los primeros sucesos hicieron pronosticar el feliz éxito de la jornada; á la una del dia la accion era general.

Bajo los ojos del Emperador, que tuvo el gusto de ver ejecutar sus planes con la misma exactitud que en Austerlitz, Augereau, Soult y Lanes desbarataron los Prusianos á pesar de una viva resistencia. Parte de nuestra caballería no habia llegado aun; llegó por fin con las dos divisiones del mariscal Ney. Luego que Napoleon lo supo, mando avanzar todas las tropas que se hallaban de reserva sobre la primera línea; lo que hicieron con tanto ímpetu, que rechazaron á todo cuanto encontraron. Entonces, el gran duque de Berg, á la cabeza de la caballería, se abalanzó á los Prusianos cuya retirada empezada con mucha calma, se volvió luego en una confusion desordenada. En vano la infantería formada en cuadros entre los pueblos de Gross y de Klein-Romstedt quiso resistir á nuestros dragones y coraceros, unos de estos cuadros fueron arrollados sin poder volver á reunirse, y por otra parte la caballería prusiana no pudo sostenerse contra los batallones del mariscal Soult, y se replegó sobre el camino de Weimar á Naüembourg. En aquel momento, se presentó el cuerpo del general Ruchel, de veinte seis batallones, y veinte escuadrones;

y les dijo que, en tomando las armas, su objeto habia sido impedir que la nacion sajona quedase incorporada á la monarquía prusiana. Les concedió, y á sus soldados, licencia para volver á su pais. Estos oficiales se obligaron todos por escrito á no llevar jamás las armas contra la Francia y sus aliados. Volvieron á Sajonia con una proclama en que Napoleon se declaraba protector de la nacion sajona. El emperador Napoleon se acordó en esta circunstancia de la toma de Faenza, donde el general Bonaparte libertó igualmente á los prisioneros romanos que fueron amigos útiles de la República. Su presencia en Weimar le habia hecho ya acreedor á la gratitud de la familia ducal. Se habia apeado en el palacio donde fue recibido por la gran duquesa reinante, cuyo marido mandaba una division prusiana. « Señora, dijo Napoleon á esta princesa, habeis salvado á vuestro esposo, con » haberos quedado en vuestro palacio y con » haber tenido confianza en mí; le perdono » por vuestro respecto. » Luego una alianza contraida en Posen con el Elector, unió á Napoleon con todas las ramas de la casa de Sajonia.

Los antiguos compañeros de armas de Fe-

derico hallaron casi todos su dia fatal en Jena. El famoso duque de Brunswick, cuyo ridículo manifesto ultrajó insolentemente á la nacion francesa en 1792, el mariscal Moellendorf y el teniente general de Schmettau, heridos de peligro, no habian de sobrevivir á esta aniquilacion de la gloria militar que habian fundado bajo las órdenes del gran monarca. El príncipe Henrique de Prusia y el general Ruchel fueron heridos asimismo, al paso que, en el ejército frances, solo tuvimos que sentir la pérdida de un general, cinco coroneles y doce mil hombres muertos ó heridos en ambos campos de batalla. Al otro dia despues del siguiente, el rey de Prusia pidió un armisticio; Napoleon contestó que despues de una victoria era imposible dejar tiempo al enemigo para reunirse. El mismo dia, el mariscal Soult negaba tambien un armisticio al general Kalkreuth, uno de los mas valientes compañeros de Federico II, á quien habia destrozado, y le persiguió hasta Magdebourg hácia donde huia con él el fugitivo real de Auerstaedt. El 18 de octubre, Erfurth se rindió por capitulacion al gran duque de Berg, y nos hizo dueños de ciento y veinte cañones, de almacenes inmensos y de

doce mil prisioneros, entre ellos el mariscal Moellendorf herido mortalmente en Jena y el príncipe de Orange, hoy rey de los Países-Bajos, y otros cuatro generales. El 17, el príncipe de Pontecorvo en el combate de Hall, borró la mancha de Dornburg; destrozó enteramente á la reserva prusiana mandada por el príncipe Eugenio de Wurtemberg, le cogió treinta y cuatro piezas de cañon, cuatro banderas y cinco mil hombres con dos generales. El 18, el mariscal Davoust ocupó á Leipsick. Napoleon estaba en Mersebourg; fue á visitar el campo de batalla de Rosbach cerca de Jena, y mandó llevar á Paris la columna levantada por Federico II, en memoria de nuestra derrota el 5 de noviembre de 1757. Sin duda, era digno del primer capitan del siglo mudar en trofeo este monumento de la desgracia de nuestras armas. El mismo dia 18, el general Blucher á quien el general de caballería Klein encontró huyendo con un cuerpo que habia podido salvarse en la jornada del 14, escapó otra vez en Weéssesée habiendo tenido la osadía de asegurar *bajo palabra de honor* la existencia de un armisticio; pero luego este perjurio militar quedó castigado.

Al dia siguiente el gran duque de Berg llegó á Halberstadt con toda su caballería que inundaba las llanuras de Magdebourg. La desgraciada reina de Prusia, perseguida por la mala suerte de una guerra encendida por ella misma, huia de ciudad en ciudad. El 19, estaba en Stettin y el 20 en Custrin; en ninguna parte podia hospedarse con seguridad. Napoleon puso su cuartel general en Dessau donde estaba ya el mariscal Lannes. Allí, por fin, pudo alcanzarle el marques de Lucchesini y logró entregarle una carta del rey. El gran mariscal fue encargado de conferenciar con este ministro. Napoleón salió de Dessau para Wurtemberg donde halló á su lugar teniente de Auers-taedt. El mismo dia, el rey de Holanda entró en Gottingen con la vanguardia del ejército del Norte; y el general Beker se apoderó de la plaza de Anclam. El dia 25 fue señalado para establecer el cuartel general imperial en Potsdam donde los generales Lannes, Lefebvre y Bessieres se establecieron el 24 con la guardia. Napoleon quiso visitar inmediatamente el túmulo de Federico el Grande como Alejandro visitó el túmulo de Aquiles. Tomó la espada del héroe del siglo XVIII, la faja de general

que llevaba en la guerra de siete años y la banda del águila negra. «Esto lo prefiero á » veinte millones, exclamó Napoleon, lo enviaré á los Invalidos. Los viejos soldados de » la guerra de Hanover acogerán con respeto » lo que perteneció á uno de los primeros » guerreros cuya memoria guarda la historia.» El ultraje de Rosbach quedaba vengado!

Al momento en que Napoleon entraba en Potsdam, la famosa fortaleza de Spandau con una valiente guarnicion y todo cuanto podia dar lugar á una larga y hermosa defensa, capitulaba en manos del mariscal Lannes. La plaza habia sido cercada solamente desde la víspera por el general Bertrand. Se hallaron cuatro mil caballos, con todo su equipo, que sirvieron para montar á cuatro mil dragones. El mariscal Davoust obtuvo el honor merecido de entrar el primero en la capital de Federico. Quinientos cañones y una cantidad inmensa de armas y municiones cayeron en poder de los Franceses. El mariscal Ney estaba bloqueando á Magdebourg, la gran plaza de armas de la Prusia, que encerraba todo un ejército. El mariscal Soult pasó el Elba. El príncipe de Pontecorvo estaba en Brandebourg;

el mariscal Mortier en Fulda. El gran duque de Berg obligó despues de un hermoso combate de caballería en Zehdenick y Vingendorf, á los gendarmes del rey á deponer sus armas. El mismo dia, 27 de octubre, Napoleon precedido por la guardia de á caballo y marchando entre los cazadores y los granaderos con su brillante comitiva, recibió en Berlin, bajo el arco triunfal de Federico II, los homenajes del cuerpo municipal, y se apeó en el palacio viejo donde la princesa hereditaria de Hesse-Cassel se hallaba, por un efecto de las circunstancias, careciendo de todo. El Emperador no la vió; pero mandó al caballerizo mayor que fuese á visitarla y entregarla una cantidad de dinero, añadiendo que nada le faltase todo el tiempo que tuviese á bien quedarse en palacio. La fortuna que colmaba á Napoleon de tantos favores, que podia decirse que habia pasado á su servicio, le proporcionó en este mismo dia la ocasion de descansar de las emociones de la gloria, con uno de los rasgos mas hermosos de clemencia que jamás hayan honrado el carácter de un soberano victorioso.

El príncipe de Hatzfeld, gobernador civil de Berlin, y conocido por haber sido uno de

los mas ardientes provocadores de la guerra, se habia dado prisa en presentar al Emperador todos los empleados civiles y militares de la capital: « No os presenteis delante de mí, » le dijo el Emperador, no necesito de vuestros servicios, retiraos á vuestras haciendas. » Poco despues el príncipe fue arrestado. Se le habia interceptado una carta en que informaba al rey de los movimientos del ejército frances. El delito de traicion estaba bastante comprobado y una comision militar iba á sentenciarle, cuando la princesa de Hatzfeld vino á echarse de rodillas delante del Emperador, protestando que su esposo era incapaz de semejante perfidia. « Señora, le dijo Napoleon, conoíceis su letra. » Y la enseñó la carta. « Sed vos misma su juez. » La princesa leyó la carta y cayó sin sentido. El estado de preñez en que se hallaba añadía á su desgracia y al interes de su situacion que habia conmovido al Emperador. « Tomad, Señora, le dijo Napoleon; esta carta es la única prueba que tengo contra vuestro marido, quemadla. » De este modo salvó la vida al príncipe de Hatzfeld.

En su propia capital, nada habia mas na-

tural, sin duda, que Napoleon hubiese perdonado la vida á un Frances convicto de felonía; ha mostrado en todo el tiempo de su reinado, desde el consulado hasta 1814 y 1815, una especie de indiferencia generosa, con respecto á los conspiradores y á los traidores, aun cuando la razon de estado y el interes de la Francia se oponian a su clemencia; pero, hecho por la victoria el único árbitro de los destinos de un pais, en donde la conducta del monarca y de su corte y el perjurio de Blucher habian de irritar al vencedor, Napoleon, triunfando de su justa cólera, hizo una accion sublime que será una de las mas hermosas páginas de la historia y fue para la pintura el objeto de una de las mas nobles producciones. Los grandes caractéres tienen secretos que ellos solos son capaces de revelar.

Napoleon, dueño de la capital y conquistador del reino de Federico el Grande, de quien era el mas apasionado admirador, no se olvidó de expedir desde el campo imperial de Potzdam una de esas proclamas en forma de de relacion que recompensaban á sus soldados y les excitaban á nuevas hazañas.

en menos de una hora, pero despues de una lucha terrible, desapareció enteramente bajo los ataques simultáneos que Napoleon dirigió sobre este refuerzo aguardado con tanta impaciencia por el príncipe de Hohenlohe. En fin, y gracias á los esfuerzos ináuditos de los soldados y á la habilidad de los generales, ya no existia ejército delante de nosotros. Napoleon viéndose dueño del campo de batalla y no queriendo dejar ningun descanso á los vencidos, mandó perseguir con el mayor vigor á los restos de las columnas que acabaron de ser destruidas en su difícil y sangrienta retirada ó por mejor decir en su huida desordenada.

Mientras que Napoleon triunfaba del ejército prusiano que suponía haberse presentado entero delante de él, el mariscal Davoust sostenía solo, en Auerstaedt, el choque de un cuerpo tres veces mayor que el suyo, que se componía de las tres divisiones de Morand, Gudin y Friant. A pesar del peligro que corría Davoust, no fue auxiliado por Bernadotte. Este último marchó sobre Dornburg, autorizándose con las órdenes del Emperador que no conocía el peligro que iba á correr Davoust, con

fuerzas tan desiguales. El boletín guardó el silencio sobre esta conducta extraña. Acaso hubiera hablado, si Davoust, abandonado á sí mismo por una defección inconcebible, hubiese sucumbido; pero el derecho de agraciarse es también una de las prerogativas del vencedor, y otro destino aguardaba á Bernadotte. Davoust que en este encuentro, que fue una de las mayores hazañas del ejército francés, había manifestado los talentos y el carácter de un capitán experto, recibió por recompensa el nombre de Auerstaedt. Este nombre, inmortal para siempre en los fastos militares, es el que dieron los Prusianos á la batalla, regularmente porque el rey fue vencido allí en persona en compañía de los viejos generales de Federico II. Pero en Francia prevaleció el nombre de Jena, donde estaba el Emperador, para señalar la doble victoria de aquel día.

Los Prusianos perdieron los dos campos de batalla, mas de cincuenta mil hombres muertos ó prisioneros, trescientos cañones, seiscientas banderas y todos los almacenes. Entre los prisioneros, había seis mil Sajones y trescientos oficiales. Napoleon, en llegando el 15 á Weimar, mandó presentársele los oficiales